mundo gráfico

Miércoles, 10 de Noviembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.358
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS

El homenaje de Madrid a la U. R. S. S. en el XX Aniversario de la Revolución soviética

Artístico y notable conjunto de carteles y dibujos hechos por los obreros de los talleres de Prensa Gráfica para contribuir al homenaje tributado a la U. R. S. S. en la primera semana del mes actual

↑ La Puerta de Alcalá decorada con los retratos monumentales de Litvinoff, Stalin y Vorochilov, en la semana de homenaje al pueblo soviético

← El edificio del Banco de Bilbao adornado con banderas y dibujos en homenaje a Rusia, al cumplirse los veinte años de la Revolución

Una gigantesca figura de Lenin en la Glorieta de Bilbao
(Fots. Videa)

EL MAR MEDITERRANEO, INQUIETUD DEL MUNDO

El eje de la política europea es hoy el mar Mediterráneo. Se cruzan en él ambiciones y caminos, y él es la llave esencial de comunicaciones fundamentales para la vida y la defensa de algunas grandes potencias. Como es sabido, Francia va a celebrar ahora en este mar unas maniobras navales, a las que se atribuye una gran importancia. ¿Será el Mediterráneo escenario de una nueva contienda? He aquí un croquis del viejo "Mare Nostrum", con los puntos que en él se estiman fuertes o débiles, y que en una posible guerra futura jugarían como factores de importancia en la contienda

Una cocina instalada en las trincheras
(Fots. Díaz Casariego)

El sargento lee la Prensa a un viejo campesino que tiene sus hijos luchando en los frentes

FRENTE DEL CENTRO

LA GUERRA

La madre evoca las horas dramáticas de Noviembre

Estampa de un barrio obrero

EN el barrio obrero era obligada la intimidad entre los vecinos que ocupaban las distintas casas. Los tabiques de panderete, más que línea divisoria entre hogares, eran una puerta, abierta al barrenar de las conversaciones próximas. En el barrio—líneas escuetas, jardines minúsculos y un desfile constante de trajes proletarios—había una casa que ocupaban tres familias. O, más exactamente, tres matrimonios, pertenecientes a la misma familia, con un largo estrambote de hijos, a los que era difícil cada día acomodar adecuadamente en las pocas habitaciones de la casa. Uno de esos matrimonios tenía nueve hijos: ocho hijos y una hija. De los ocho hijos, cuatro habían pasado ya de la adolescencia. Los otros cinco, de catorce años para abajo, jugaban al sol, entre los árboles minúsculos del pequeño jardín, a la hora de la libertad y de las travesuras, después de haber hecho acopio visual de mayúsculas y minúsculas en los carteles de la escuela.

Trabajo y más trabajo

Como a la hora de llenar el padrón familiar aquel matrimonio agotaba el casillero de los impresos municipales, el padre se volvía loco para encontrar horas de trabajo que traducir luego en el sostenimiento de la casa. Cada tarde, cuando volvía de su faena agobiadora, le esperaba un horizonte de bocas propicias al gusto de la cena, que siempre resultaba parca. Y eso que él, aparte de trabajar la tierra, como buen hombre de campo que no se acostumbra jamás a los usos y las costumbres de la ciudad, empleaba las horas libres «en todo lo que caía», como trabajo extraordinario.

Cuando los hijos se hicieron hombres, y aun antes, en ese momento en que las manos todavía débiles y los bíceps aun tiernos apenas podían sostener un azadón, la casa empezó a mirarse en una aurora de mayor tranquilidad. Cada sábado, junto al jornal minúsculo del padre, se alineaban los montoncitos de monedas que los hijos colocaban sobre la mesa familiar.

Cinco fusiles en la casa

Hasta el barrio obrero llegó en el verano una angustia espesa de ansias proletarias que la sublevación militar quería ahogar con balas extranjeras. En la casa hubo un breve conciliábulo, donde las ideas entrañables, calientes de aliento popular, se impusieron a las lágrimas tiernamente egoístas de las mujeres. El padre, sin decirle nada a los hijos, pidió un fusil en el momento dramático en que los brazos proletarios hacían falta en la calle. Y se encontró con la sorpresa, que para él derivaba por cauces de emoción sospechada, de que sus hijos unían su voz a la voz paternal, que reclamaba un fusil para la defensa de la República. Los cuatro hijos mayores llegaron con el padre una noche de triunfo de Madrid portando el arma con que en el futuro habían de defender sus ideas.

Los niños junto a las balas

Cuando se fueron al frente el padre y los cuatro hijos quedaron en la casa las mujeres y los niños. En Noviembre, la serenidad relativa de la casa, pespunteada de agonía y de malos presentimientos a la hora de la llegada del cartero, se quebró en angustia constante por la llegada de las balas facciosas. Los niños tuvieron que dejar de jugar porque por la calle, sin pavimento, circulaban inesperadamente el plomo sonoro de las explosivas y el reventón de los obuses. Se tuvieron que trasladar de casa, y se vinieron al centro de Madrid, donde se les abrió un paréntesis de días relativamente tranquilo. Pero antes de que acabara Noviembre, la aviación facciosa hizo un *raid* sobre Madrid. Entre las sombras de la población con las luces apagadas se abrió el fogonazo de pólvora de las bombas. Una de ellas cayó en la casa en que se había refugiado la familia. Ningún miembro de ella murió. Pero entre el ahogo de las paredes derrumbadas sintieron los gritos desesperados de tres personas que pocos minutos después dejaban de gritar entre espasmos de agonía.

Un hijo, muerto, y otro, mutilado

La madre—velos de luto encuadrando las arrugas prematuras de una vida de trabajo—evoca ahora la tragedia familiar:

—A poco, nos llegó una mala noticia: mi hijo mayor había muerto en el frente. Sus hermanos, al saberlo, se mordieron los labios para no llorar, y siguieron en la primera línea de fuego. Luego llegó otra mala noticia: otro de mis hijos había perdido el brazo derecho por una bala explosiva. Aquí está ahora conmigo, junto al padre enfermo, orgulloso de haber podido ofrecer su sangre por la causa de los trabajadores de España. Y entretanto, mis otros hijos siguen luchando en la primera línea de fuego.

Y añade:

—Por la República, todo , los mayores sacrificios.

Lo ha dicho con una tranquila serenidad espartana.

ANTONIO OTERO SECO

A NUESTROS LECTORES

Podemos ofrecer hoy a nuestro público, como en el número último, doce páginas, en vez de las ocho que nos hemos visto obligados a dar en los números anteriores de MUNDO GRAFICO. Así lo haremos—y, a ser posible, con mayor cantidad de páginas, naturalmente...—siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan. No podemos, sin embargo, asegurar a nuestros lectores—ellos conocen bien el problema angustioso del papel para toda la Prensa—que este sincero deseo nuestro pueda ser realizado con regularidad.

La Ayuda Suiza a los Niños de España

El Comité Suizo de Ayuda a los Niños de España está desarrollando una intensa labor en la República helvética. Ha adquirido varios camiones para el transporte de evacuados desde las zonas de guerra a sitios más alejados de la lucha. He aquí el camión adquirido merced a una colecta realizada entre los chiquillos de las escuelas del cantón de Zurich. Ha traído este vehículo a Madrid el mecánico José Risi, que lleva ya varios meses trabajando infatigablemente al servicio del Comité Suizo de Ayuda a los Niños de España

INSTRUCCION PREMILITAR

Como es sabido, se ha declarado oficialmente obligatoria la instrucción premilitar. Los muchachos de diez y ocho a veinte años, con arreglo a estas nuevas disposiciones, habrán ya de tener esa preparación cuando les llegue el momento de ingresar en los cuarteles. Es interesante, a este propósito, conocer la opinión que a un militar tan ilustre como el mariscal Petain merece ese tema de la instrucción premilitar, traído hoy a la actualidad por nuestra guerra. El ilustre caudillo francés expuso hace muy poco esta opinión suya, que en estos momentos—guerra en España, amenaza de guerra sobre el mundo—adquiere un vigoroso relieve. Leed a continuación las palabras en que Petain enjuicia el tema.

Cómo ve este problema el ilustre general PETAIN

"La preparación militar de la juventud es hoy de una total necesidad", dice el caudillo francés

Una inteligente preparación militar—«hoy de una total necesidad», ha dicho el ilustre general Petain—será la base para un ejército fuerte y disciplinado

La instrucción en el ejército

La potencia militar de una nación, ateniéndose a los factores positivos más fácilmente apreciables, depende, a la vez, de sus disponibilidades en efectivos instruídos y del valor de sus armamentos. En la guerra moderna, los dos factores tienen una importancia igual. Un ejército numeroso, aunque esté bien instruído, es impotente si no posee el material que le es necesario. Pero con igualdad de material, el ejército mejor instruído será siempre el ejército victorioso. Porque el soldado tiene confianza en sí mismo desde que se siente diestro en servirse de sus armas. Tiene confianza en sus camaradas si, en el curso de un largo entrenamiento en común, se ha penetrado, al mismo tiempo que ellos, del espíritu de conjunto, de ese sentimiento de cohesión que debe unir compactamente a unos y otros soldados, como partes integrantes de un todo orgánico. Y tiene confianza en sus jefes si ha adquirido el hábito de comprenderles y de obedecerles. Desde luego, está así en condiciones de abordar la prueba del campo de batalla.

Por qué debe ser obligatoria la instrucción premilitar

Sólo a partir de los diez y ocho años es capaz la mayoría de los muchachos de soportar el esfuerzo físico que reclama la preparación militar. Por tanto, es desde los diez y ocho a los veinte años—durante los dos años que preceden a la llamada a filas—cuando los muchachos podrán ser preparados en aquel sentido.

La preparación militar elemental debe ser obligatoria desde los diez y ocho a los veinte años.

Si esa preparación no fuese obligatoria, el ejército se vería obligado a volver a hacer desde los comienzos la instrucción de cada contingente. Ha demostrado la experiencia que cuando los muchachos tienen libertad para seguir o no los cursos de preparación militar se abstienen muy frecuentemente de asistir a ellos, bien por pereza, bien por consecuencia de dificultades de orden material, bien por el hecho de falta de medios de transporte. La asiduidad indispensable y general no puede nacer más que del principio de la obligatoriedad.

Organización

La preparación militar obligatoria deberá establecerse sobre una organización territorial montada eficazmente. En la base, una dirección departamental, que pondrá en acción centros comunales o, según las circunstancias, centros intercomunales. La dirección departamental atenderá a regular el encuadramiento utilizando los oficiales y los suboficiales de reserva. Deberá también preparar el programa de los ejercicios que los muchachos hayan de realizar y controlar la asiduidad.

La preparación militar tendrá un carácter general y abarcará a todos los reclutas de un contingente, sin tener en cuenta aplicaciones eventuales a tal o cual arma. Sin embargo, algunos especialistas, cuya preparación es larga—los radiotelegrafistas, por ejemplo—, podrán ser objeto de una instrucción especial. Además, deberá ser prevista una preparación especial también para la parte del contingente que se destine a Marina y Aire.

Los mejores vacaciones pagadas...

El procedimiento que se ha empleado en varios países, y que consiste en reunir cada año el mayor número posible de muchachos en campos de instrucción, ofrece el máximum de ventajas. Nada, en efecto, tan favorable para la instrucción premilitar como hacer pasar a los futuros reclutas tres semanas en uno de aquellos campos, en la primavera o el estío.

No se podría ofrecerles mejores vacaciones pagadas...

Sólo con una organización de este género, funcionando bajo la dirección y el control del Estado, podrá elevarse la potencia militar de un país al grado necesario.

Los esfuerzos materiales realizados por el pueblo francés para la defensa de su independencia serían ineficaces si el país no está penetrado del sentido de sus deberes y no se pliega, en consecuencia, a las disciplinas morales, intelectuales y físicas que son indispensables. La Alemania de 1914 atacó a Francia porque creía poder triunfar en unas semanas de una nación que ella estimaba debilitada.

El nivel de nuestros armamentos no bastaría a preservarnos de la guerra, en esta Europa inquieta, si el agresor eventual no tuviese la certidumbre de que al atacar a Francia encontraría ante sí un pueblo unánime, apasionado hasta la muerte por la defensa de sus tradiciones, de su territorio y de su honor.

La preparación militar de la juventud es hoy de una total necesidad.

Un radio cifrado

A *Mata-Hari* se la ve muy frecuentemente en Madrid acompañada por el agregado naval de la Embajada alemana. Son los días en que la bailarina se ha quedado sin recursos en la capital española. El agregado naval alemán tiene el encargo de ofrecer a la bailarina una suma de cierta importancia. Pero este dinero—se desconocen los motivos—deberá ser entregado en París por los funcionarios de una Embajada neutral.

Entretanto, desde Madrid es enviado por radio un despacho cifrado al jefe del Servicio alemán de Exploración de Amsterdam. En él se dice que se haga pagar al agente *H-21* la suma de quince mil francos. El cheque será presentado en el «Comptoir d'Esconte», de París, donde irá a cobrarlo el citado agente *H-21*.

La estación radiotelegráfica de la Torre Eiffel recoge el despacho y lo hace llegar, por sospechoso, al Servicio francés de Contraespionaje. El capitán La Doux puede descifrar inmediatamente el despacho. Hace algún tiempo que el Servicio francés ha podido descubrir la clave que utiliza para sus comunicaciones el agregado naval de Alemania en España.

El capitán La Doux tiene ya en su mano los hilos de la trama. El agente *H-21*. puede ser suyo casi inmediatamente. Si, según las revelaciones obtenidas por Ana Witing, el espía *H-21* es *Mata-Hari*, ésta deberá llegar inmediatemente a París.

Esa misma noche, La Doux recibe otro despacho que confirma sus creencias. El agente secreto que ha venido siguiendo a la bailarina desde Londres telegrafía desde la frontera española diciendo que que va ya camino de París «bien acompañado».

14 de Febrero de 1917

Es la mañana del 14 de Febrero de 1917. La Policía rodea el Gran Hotel, de París, donde se ha instalado *Mata-Hari* al llegar de Madrid. Lleva la dirección del servicio el comisario de lo criminal, Priollet. Ha amanecido un día ceniciento y frío. Pocos minutos después de las siete, el comisario penetra con tres agentes en el Hotel. Se da a conocer al gerente, en el vestíbulo del local, y pregunta cuál es la habitación de *Mata-Hari*. Empieza a subir los primeros peldaños de la escalera. Un hombre, en este momento, entra también en el Hotel.

En la calle trepida todavía el motor de un coche de carreras. El hombre viene sin cuello, con los cabellos en desorden, envuelto en un abrigo de pieles. Da la sensación de que acaba de levantarse y ha salido precipitadamente. Pregunta al portero:

—¿El cuarto de la señora *Mata-Hari*? Tengo que hablar con ella inmediatamente...

Demasiado tarde

No responde el portero. El comisario Priollet, que ha empezado a subir la escalera, se vuelve al oíı que preguntan por la misma mujer que él viene a buscar.

El gerente del establecimiento, tras haber cambiado una mirada con el comisario, contesta al hombre que ha preguntado por la bailarina:

—¿La señora *Mata-Hari*? A la señora no se le puede hablar ahora... Están ya ahí dos caballeros que se han hecho anunciar...

Vuelve la cabeza el hombre del abrigo de pieles. Ve que, efectivamente, hay unos hombres esperando en la escalera. Y entonces, apenas sin decir nuevas palabras, da media vuelta y deja el Hotel.

Salta a su coche de carreras, da la máxima velocidad y arranca de aquel sitio. El hombre refleja en su rostro pálido una angustia sombría. Ha llegado demasiado tarde este marqués Pedro de Montessac para salvar a la mujer que ama apasionadamente todavía.

El despertar de «Mata-Hari»

El Hotel está en un total silencio a esa hora temprana. Llama el comisario Priollet a la puerta de la habitación de *Mata-Hari*. Nadie responde. Llama por segunda vez; pero tampoco logra respuesta. El comisario aporrea la puerta, mientras grita:

—¡Es la Policía! ¡Si no abre usted inmediatamente, echaremos abajo la puerta!...

Se oye, por fin, tras la puerta, una voz de mujer.

—¡Pero entren ustedes!... Entren, claro, si, por lo que veo, no les importa penetrar en la habitación de una dama...

El comisario se apoya en la puerta, y como ésta, en realidad, no tenía la llave echada, cede fácilmente. Priollet penetra en la alcoba, seguido de sus tres agentes.

La bailarina está acostada, completamente desnuda. Una finísima sábana deja transparentar el busto. Está la alcoba en una media luz: no llega más claridad que la que desde el pasillo se proyecta.

El comisario se presenta a *Mata-Hari:*

—Comisario de Policía Priollet... Tengo orden de detener a usted y llevarla inmediatamente a la Jefatura.

(Continuará en el próximo número.)

Véanse los capítulos anteriores en los números de MUNDO GRAFICO correspondientes a los días 8, 15, 22, 29 de Septiembre; 6, 13, 20, 27 de Octubre y 3 de Noviembre.

«Mata - Hari» en los días de su máximo triunfo en Europa como bailarina

Esta es la casa que «Mata-Hari» tenía en Neuilly, en los días de su esplendor

La vida, el amor y la muerte de "MATA-HARI"

x

Un hombre que llega demasiado tarde

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

IV

Todos en libertad...

Para Antonio Hermoso, cordialmente.

Un hotelito en la Sierra. Paredes blancas, tejado rojo, verdes persianas. Como un pequeño palomar entre un bosquecillo de pinos jóvenes.

La compañía de milicianos lo transformó rápidamente en un reducto, puesto avanzado de vigilancia. Sacos terreros tras las lanzas de la verja y en el alféizar de las ventanas. Desde ellas se dominaba un agrio paisaje de riscos: veredas de pastor entre los canchales; hojarasca de chaparros color de acero; manchas de tomillo con botones rojos; jarales obscuros, resecos por el sol agosteño.

Al ponerse el sol, un velo de niebla azul subía del valle, se hacía jirones blancuzcos en el monte bajo y subía como una sábana inconsútil a cubrir los lomos de las montañas que, como enormes toros negros, se recostaban en el horizonte.

Horas de peligro. El imponente silencio serrano se rompía a trallazos. En las hondonadas, los disparos crujían como ladridos secos. Entre los peñascos pespunteaban las ametralladoras su canción monorrítmica, y en las crestas rugía el cañón.

Por toda la serranía rodaba sin cesar un trueno hondo, una tormenta de explosiones y un zig-zag ígneo de relámpagos.

En el jardín del hotelito, un miliciano, Ramón *el Peque*, saltaba ágilmente de la hamaca en que apenas acababa de echarse, y murmuraba invariablemente:

—¡Vaya! Parece que la han tomado conmigo. Tampoco esta noche me dejarán dormir.

Era su deseo desde que llegó al reducto. Dormir toda una de estas noches en la hamaca del jardín, cara al cielo, millonario de estrellas. Vieja ilusión en su conciencia joven. *El Peque* era zapatero de oficio. Había trabajado durante años en un cuchitril, en una accesoria hundida en el sótano de una casa madrileña de barrio populoso. Encorvado sobre el «burro», bajo la perenne bombilla eléctrica encendida, recibiendo, cada vez que se abría la puerta de la tienda, la bofetada del aire pegajoso de la calle, impregnado de hedores urbanos.

Por único placer, muy de tarde en tarde, en el verano, una excursión dominguera a la Sierra. Un paréntesis luminoso de libertad, de gozo bravío... Y al atardecer, cuando, ya cansado, bajaba de los picachos para buscar el ferrocarril de regreso a Madrid, un punzante anhelo envidioso: el de poder quedarse allí en la Sierra, en el jardín de uno de aquellos hoteles que bordeaban la carretera, y tras cuyas verjas veía a los propietarios cómodamente repantigados en las hamacas, gozando las primeras brisas frescas del crepúsculo.

Cuando su compañía ocupó el hotelito, *el Peque* se dijo: «¡Esto es hecho!»

Ya *tenía* un jardín y una hamaca en la Sierra, bajo la noche magnífica que no había vivido nunca. El, en la ciudad, en su sótano, en su casa—un piso interior sombrío—, hasta en las calles más luminosas y henchidas, se había considerado siempre como «un prisionero». La libertad para él, como un símbolo confuso, sólo podía consistir en esto: dormir sin techo, en el nocturno silencio augusto, en pleno campo, bajo miriadas de estrellas. En la ciudad, y entre paredes, el hombre era siempre «un prisionero».

No le dejaron realizar su sueño tampoco esta noche, la tercera desde que llegó al reducto. A cada momento se incendiaba el aire en disparos. Las lomas cercanas, pacíficas durante el día, se habían convertido de repente en monstruos furiosos que vomitaban metralla. A pesar del parapeto de las verjas y las aspilleras de las ventanas, ya había varios camaradas heridos. Y el fuego no cesaba.

Con las primeras luces trémulas del alba vino la orden de replegarse, de abandonar el reducto. El enemigo, durante la noche, había tomado posiciones en las altas lomas próximas, y sus cañones tenían dominado el hotelito. Bien lo decían las granadas que estallaban sin cesar, contorneando la casa y el pequeño jardín. La luz del día los ofrecería como blanco mejor. Había que retroceder al amparo de las líneas de trincheras posteriores. Los milicianos se disponían a obedecer. Ya se habían evacuado los heridos. El resto de la fuerza estaba en la carretera, se replegaba en guerrilla, buscando amparo en los accidentes del terreno.

Era ya claro día, y llovía metralla desde las cumbres cercanas sobre el hotelito.

Entonces se vió que *el Peque* volvía corriendo al reducto. Una granada estalló en aquel momento a veinte pasos de él y lanzó por el aire, retorcidos, las lanzas de la verja.

¿Adónde iba *el Peque*? ¿Qué ramo de locura le impulsaba? Se le vió saltar por entre los escombros de la tapia y entrar en la casa. Estallaron otros dos obuses en el jardín, y cantaron más copiosas que nunca las ametralladoras enemigas.

Poco después, *el Peque* reaparecía nuevamente en el camino, y corriendo, a saltos ágiles, se incorporaba a sus compañeros.

Traía en la mano izquierda—en la derecha, el fusil—una gran jaula, en la que revoloteaban—alado enjambre—unos cuantos canarios.

Por toda contestación a las demandas de los compañeros por su imprudencia, *el Peque* se arrodilló tras un peñasco, y dijo sentenciosamente:

—¡No quiero que haya prisioneros!

Abrió la portezuela de la jaula; golpeó en la alambrera... Y un vuelo de alas de oro, como una aureola, coronó la cabeza del miliciano.

¡Hasta los pájaros en libertad!

JUAN FERRAGUT

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Un regalo

Íbamos en servicio de descubierta, desplegados en guerrilla, en uno de esos avances en que lo que más desconcierta es, precisamente, no encontrar enemigo. Habíamos recorrido do ya más de cuatro kilómetros, sin tener ocasión de disparar un tiro. En la guerra, estos avances sin peligro presente son quizá los que más intrigan, porque extraña ver libre un terreno que imaginamos plagado de peligros y, al no encontrarlos, se teme, a cada paso, una emboscada, y eso extrema el recelo, porque ya lleva uno los nervios tensos y el espíritu dispuesto a dar frente a todo.

Pero lo cierto es que este día avanzamos más de una legua sin que el enemigo hiciera acto de presencia. Esto ha ocurrido varias veces en este frente de Aragón, donde los fascistas han evacuado sus posiciones sin arriesgarse a esperar nuestro ataque.

Hacía dos o tres días de la toma de Belchite, cuando se realizó felizmente la operación encomendada a nuestras fuerzas.

Andando, andando, llegamos frente a una casita circundada de un huerto lleno de árboles frutales, que, ni decir tiene, estaban mondados en absoluto.

En previsión y, como dicen en Madrid, «por si las moscas», rodeamos la casa a cierta distancia y nos acercamos con las debidas precauciones. En este instante, una labradora, vestida de negro, salió a la puerta de la casa y empezó a hacernos señas, agitando un pañuelo blanco. Nos acercamos ya sin recelo. La mujer, una anciana, nos acogió con vivas muestras de alegría. Tomamos posesión del caserío, del que ella era la única habitante.

La mujer, con gran emoción, nos decía:

—Estoy sola. Mi único hijo se fué al pueblo, al principio de la guerra, y se enroló como miliciano. Era labrador, como lo fué su padre y su abuelo... Los fascistas han estado aquí hasta ayer. ¡Si vierais qué días he pasado, temiendo a cada instante que supieran que mi hijo estaba con vosotros! Cuando se han ido, se llevaron a todos los hombres de estos montes. Y a muchas mujeres, también... A mí, seguramente, me dejaron porque ya, a mis años, no sirvo para nada...

La anciana tenía una alegría infantil. Nos preguntó quién era nuestro jefe, y al presentarme yo, como sargento de la compañía, me dijo alborozada:

—Tengo para vosotros un regalo. Está escondido... Aunque «ellos» han estado aquí y no comían nada bien, no les descubrí el «escondrijo»... A vosotros, sí. Sois compañeros de mi hijo, y todo lo que yo tenga es para vosotros.

Y la buena vieja nos llevó al corral. En la leñera nos hizo mover una gran piedra, que ocultaba el hueco de una especie de pequeña cueva, disimulada con retama y estiércol. En la cueva había un magnífico par de jamones, unos kilos de embutido, dos frascos de ricas peras aragonesas en almíbar y una bota de vino de lo menos una arroba.

—Este—nos dijo la vieja—es de la cosecha de hace tres años. Para mi mozo lo tenía guardado. Pero a él le sabrá bien que os lo bebáis vosotros.

Y con el pulso trémulo, nos ofrecía la bota colmada, de la que íbamos bebiendo. Parecía que en cada uno de nosotros hacía una ofrenda maternal al hijo ausente, porque por sus mejillas apergaminadas corrían lágrimas de ternura.—CELESTINO RAMÍREZ. *En el frente de Aragón.*»

Pregunta de madre

«Al llegar al pueblo, una mujer ya entrada en años, tocada con un pañuelo de seda negra, nos iba deteniendo, uno a uno, y con acento angustioso nos preguntaba:

—Oye, muchacho, ¿conoces tú a mi Columbiano? ¿Sabes si está bueno?

Lógicamente, ninguno sabíamos nada de aquel Columbiano, y contestábamos con evasivas. A otros les hacía reír piadosamente la pregunta pueril; y cuando respondían negativamente, la mujer les aclaraba tercamente:

—Sí, hombre, ¡si lo tienes que conocer! Es mi Columbiano, ¡mi hijo! Se fué con las Milicias en Septiembre de hogaño, y no he vuelto a saber de él.

Nos quedamos a descansar en el pueblo aquella noche. Unos compañeros nos informaron entonces respecto a la pregunta de aquella pobre mujer. Su único hijo fué al frente en el mes de Septiembre. Poco después llegó al pueblo la noticia de su muerte. Se la comunicaron, con las debidas precauciones, a la madre. Cayó ella en un estado de aturdimiento, de inconsciencia, de dolorosa estupidez. Para nada hizo referencia a su hijo muerto. El golpe fatal habíase borrado de su memoria. Y en su pacífica locura, seguía creyendo a su hijo lejos y vivo. Y por eso, porque no había querido aceptar la cruel verdad, la pobre loca, cada vez que cruzaban tropas por el pueblo, no cesaba de repetirlas su angustiosa pregunta:

—Dime, muchacho, ¿has visto a mi Columbiano? ¿Sabes si está bueno?

Como a todos nosotros nos lo preguntaba al día siguiente, cuando volvíamos a salir del pueblo. Y conociendo ya la historia, aquella pregunta ingenua nos producía un temblor de emoción. — JULIÁN MORENO.»

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

EL SOLDADO ROJO

CUANDO los ecos de nuestro estruendo bélico conmueven ya con su resonancia el ambiente de todas las ciudades de Europa y cada pueblo, detrás de los diálogos de míster Eden y de von Ribentropp, hacen el recuento de sus materiales de guerra, el Ejército Rojo, con sus enormes masas humanas, apoyadas en una industria militar de proporciones gigantescas y movilizadas, más que por el mecanismo de las leyes del servicio, por el ímpetu de un ideal, atrae todas las miradas del mundo.

Hace veinte años apenas si era una muchedumbre agrupada desordenadamente detrás de Lenin. Hundido ya el Imperio de los zares, pero todavía poderoso y erguido el orgullo de los Estados Mayores del emperador al frente de las más fuertes unidades del ejército contrarrevolucionario, la Revolución tuvo que improvisar su Ejército de unas milicias populares, sin mandos o con unos mandos surgidos instintivamente de los obreros de la industria o de los trabajadores del campo, para no morir al nacer. El metalúrgico Blücher, el campesino Belov... Desde entonces, aquellas muchedumbres han ido evolucionando rápidamente hasta convertirse en un formidable Ejército regular. Pero no es su potencia, acaso, lo más interesante, sino su organización interior, sus métodos de educación y el régimen de vida a que el soldado rojo está sometido, tan diferentes a las normas, los usos y costumbres de los otros ejércitos en los Estados totalitarios o demoliberales burgueses.

Cómo se vive en el Ejército de la nueva Rusia

Cómo está distribuído socialmente el Ejército Rojo

Cada contingente pone a disposición del Ejército en la U. R. S. S., aproximadamente, de 1.300.000 a 1.500.000 hombres, de los que el Estado retiene en filas solamente 50.000, seleccionados entre los de constitución física más robusta, que les permita rendir el esfuerzo que una vida militar de extremada dureza pudiera exigirles. Pero el Ejército Rojo es, ante todo, un Ejército político de clase. Y así, a la conservación en él de una conveniente proporcionalidad social en el número de individuos que lo constituyen, atiende el porcentaje de un cuarenta y cinco de obreros industriales, un cuarenta de campesinos y un quince de empleados y trabajadores intelectuales en cada promoción.

La vida del soldado en el nuevo Ejército de la U. R. S. S.

Pero si la U. R. S. S. elige sus soldados entre los jóvenes de mayor fortaleza física, capaces para soportar sin resentirse las fatigas de la vida militar más activa y violenta, el régimen de su servicio, más que consumir, facilita una multiplicación de energías. En el Ejército Soviético la jornada se distribuye así:

A las siete de la mañana: Despiertos. A las siete y media: aseados. De siete y media a ocho: gimnasia. A las ocho: desayuno. De ocho y media a nueve y media: curso político. De nueve y media a una y media: ejercicios militares. De tres a cinco: reposo obligatorio. De cinco a siete: círculo de estudios en el Club. De siete a ocho: cena. De ocho a diez: círculo de estudios en el Club.

Cada cinco días de trabajo el soldado descansa un día. Y su retribución está señalada gradualmente desde los tres rublos y medio a los quince rublos.

La cultura general en las escuelas del Ejército Rojo

Para los soldados existen escuelas, donde se les dan enseñanzas de Literatura, Historia, Geografía, Matemáticas, Ciencias Físicas y Naturales, Economía Política... En el Club tienen su pequeño Museo, su Biblioteca, su Sala de lectura.

Y llega hasta ellos el arte en todas sus formas y expresiones con las representaciones teatrales por los conjuntos de actrices y actores más notables de Rusia, que visitan hasta las guarniciones militares más alejadas de los centros de población; con las emisiones de radio para los soldados; con los conferenciantes que se suceden en las salas de los mismos Clubs.

Cualquier soldado, si acredita su suficiencia cultural y sus dotes para ejercer el cargo, puede alcanzar la graduación de comandante. Pero para ello ha de ser entre sus camaradas superior por capacidad. Porque en el Ejército Rojo un jefe no puede mandar a un soldado algo que él no sepa hacer.

El «Juramento Rojo» de los soldados de la U. R. S. S.

Cada Primero de Mayo prestan los soldados rusos su juramento a los ideales políticos de la U. R. S. S.

Así:

«Yo, hijo del pueblo trabajador, ciudadano de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, tomo el nombre de soldado del Ejército Obrero y Campesino. Ante las clases trabajadoras de la U. R. S. S. y del mundo entero me comprometo solemnemente a llevar este nombre con honor, aprender a conciencia el oficio de la guerra y a proteger de la pérdida y la disipación la propiedad del pueblo y del Ejército como a las pupilas de mis ojos.

Me comprometo a observar estricta e incansablemente la disciplina revolucionaria y a cumplir sin objeción todas las órdenes de los oficiales nombrados por el Poder del Gobierno de los Obreros y Campesinos.

Me comprometo a no cometer ninguna acción y a impedir el menor gesto que disminuya la dignidad de un ciudadano de la U. R. S. S. y a dirigir todos mis actos y pensamientos al gran fin de la liberación de los trabajadores.

Me comprometo a alzarme al primer llamamiento del Gobierno de los Obreros y Campesinos y en defensa de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas contra todos los peligros y contra los ataques de todos sus enemigos, y a no escatimar ni mis fuerzas ni mi vida en la lucha por la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y por la causa del Socialismo y de la fraternidad de los pueblos.

Si traiciono este solemne juramento, que sea objeto del general desprecio y que el fuerte puño de la ley revolucionaria me castigue.»

JOSE DE LA RIVA

P A R A C A I D A S

I

Los primeros tiempos de este aparato de salvación

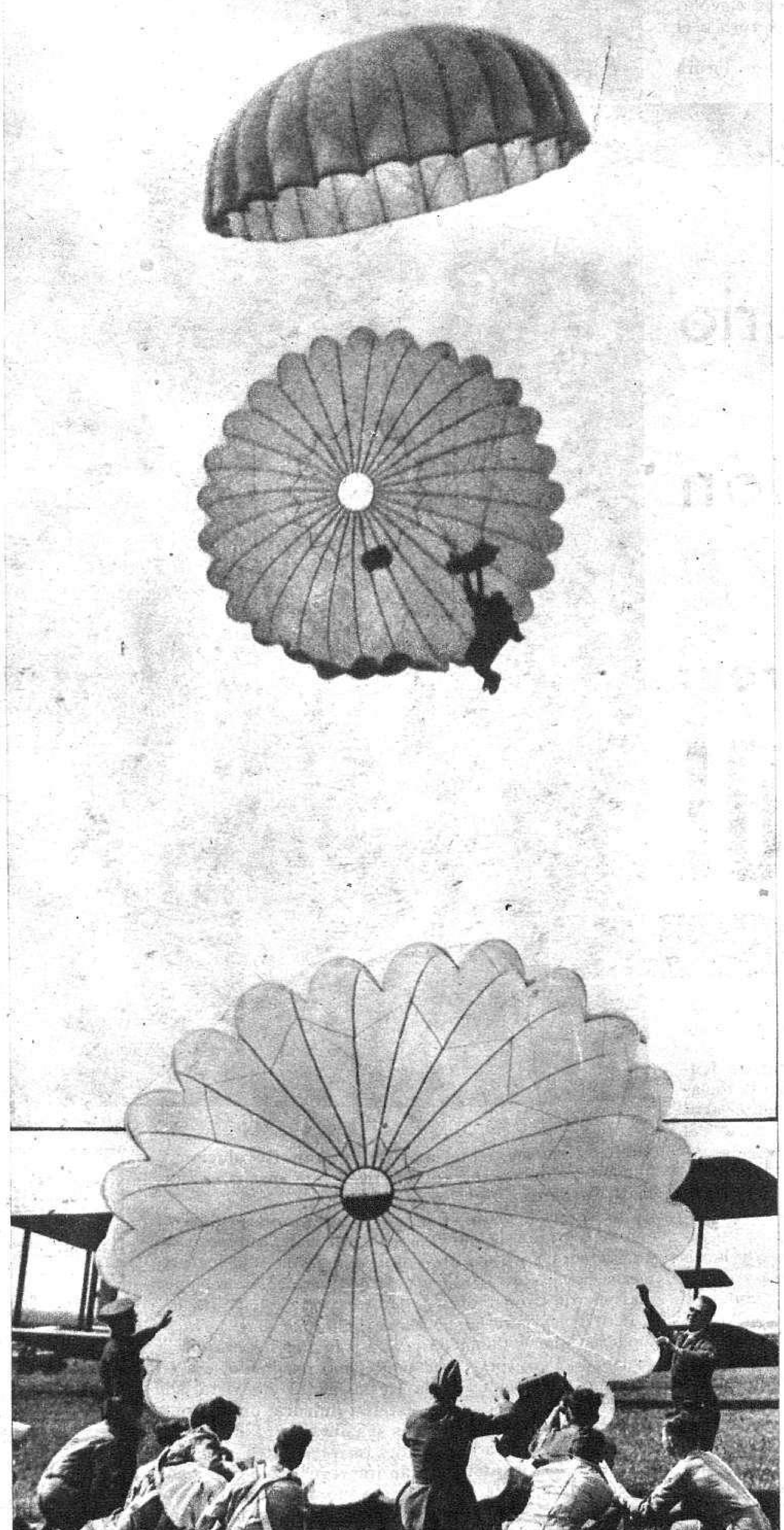
UNA de las lecciones obtenidas en el trágico campo de experimentación que nuestra guerra viene siendo, es la del valor y la eficacia de los paracaídas, que, como es sabido, han sido empleados abundantemente. Aún ese aparato de salvamento ha de lograr mayores perfecciones. Pero ya en él, imperfecto todavía, se ven las magníficas posibilidades que puede alcanzar. Esta experiencia de hoy—dolorosa sobre la carne de España—será una de las que se tengan en cuenta para las nuevas luchas que vayan desarrollándose sobre el mundo.

Una emisión desde el espacio

Entre esas perfecciones que el paracaídas ha de alcanzar todavía, está la de que pueda ser manejado por la propia voluntad del aviador. Porque sabido es que este aparato no tiene timón. El aviador que va pendiente de él no puede manejar el paracaídas, gobernarlo y dirigirlo según su conveniencia. Este obstáculo es, fácilmente se comprende, de mucha monta. A los aviadores militares, por ejemplo, puede no convenirles caer en el lugar a que el paracaídas les arrastra. Y ahí está, vivo y trágico, el caso del *speaker* de Viena, muerto por esa falta de dirección en el paracaídas.

Herr Schimandl era el *speaker* de la emisora de la capital austríaca. Quiso ofrecer a sus radioyentes un reportaje de gran novedad, de gran interés: las sensaciones—auténticas—de un descenso en paracaidas. Para realizar este reportaje radiofónico, Schimandl, lleno de valor y de serenidad, se lanzó al espacio desde una enorme altura. Sobre el pecho llevaba un pequeño micrófono, a través del cual iba dando a conocer sus impresiones a medida que descendía el aparato. Era un caso de conferencia única y emocionante desde el espacio, seguida con apasionada emoción por los radioyentes de Austria.

Faltaba ya poco para llegar a tierra. Una violentísima corriente de aire empujó de pronto al aparato hacia un poste de conducción eléctrica. Schimandl gritó al verse cerca del peligro. A través del mismo micrófono por donde segundos antes contaba serenamente sus



En todos los países son cada vez más frecuentes los ejercicios de descenso en paracaídas. El paracaidismo tiene ante sí un horizonte, cada día más amplio e interesante, de posibilidades de extraordinaria eficacia

El caso trágico del "speaker" de la Radio de Viena

sensaciones de la altura, la voz del *speaker* se oía angustiosa, pidiendo un auxilio que no podía llegar. Inútilmente, el cuerpo del hombre intentaba librarse de aquella corriente fortísima que le empujaba hacia la muerte. El público, horrorizado, vivía con toda su trágica intensidad aquellos instantes: la desesperación, los esfuerzos, los gritos de Schimandl. Aquella voz, cerca ya de la muerte, adquiría acentos escalofriantes. Finalmente, los radioyentes dejaron de oír, con espanto, la voz del *speaker*. Schimandl había muerto. No pudo imaginarse reportaje más cierto y dramático.

El paracaídas en sus días primeros

El paracaídas nace al mismo tiempo que su hermano mayor el avión. Leonardo de Vinci vió genialmente uno y otro. Los hermanos Montgolfier dieron realidad a esta visión admirable: ellos crearon el primer globo y el prim[illegible] paracaídas. Fué el aeronauta Garnarin el que dió el primer salto en el vacío—22 de Octubre de 1797—, y en esta misma época ocurrió el primer salvamento gracias a un paracaídas. Hubo, sin embargo, de pasar un siglo hasta que se creó el primer paracaídas perfecto. Lo estrenó la aviadora alemana Catalina Paulus.

Tuvieron muchos inconvenientes los primeros paracaídas: peso y volumen excesivos—aún no se conocía el modo de plegar los aparatos—, inseguridad en el funcionamiento... Además, las aeronaves de entonces apenas daban lugar a accidentes que exigieran la rápida descarga de su interior. Así, apenas se usó en esa primera época el paracaídas. Mas vino el tiempo del avión: aumentó la altura de vuelo, se multiplicaron los accidentes, fueron mayores los riesgos de perder la vida. Todo ello fué impulsando técnicamente el desarrollo del aparato salvador. Nació la acrobacia aérea, que pareció, primero, una desviación de la aeronáutica, más propia para verbenas y fiestas de Circo que para verdaderas pruebas aviatorias. Pronto la realidad vino a demostrar la importancia y las posibilidades que había en aquel invento.

MURIÓ el conde León Tolstoi el 20 de Noviembre de 1910. Hasta siete años después no sobreviene el hecho más trascendental de la historia política moderna: la Revolución rusa. Sin embargo, es evidente que aquel anciano de ochenta y dos años, aristócrata y millonario, que renunció a sus bienes y a la propiedad de sus obras literarias en beneficio público, que en su retiro de Yasnaia Poliana araba la tierra, vivía en una choza y se hacía por sí mismo los zapatos, es uno de los precursores espirituales de la Revolución rusa.

Acaso el que primero y más hondamente había calado en el alma de su pueblo.

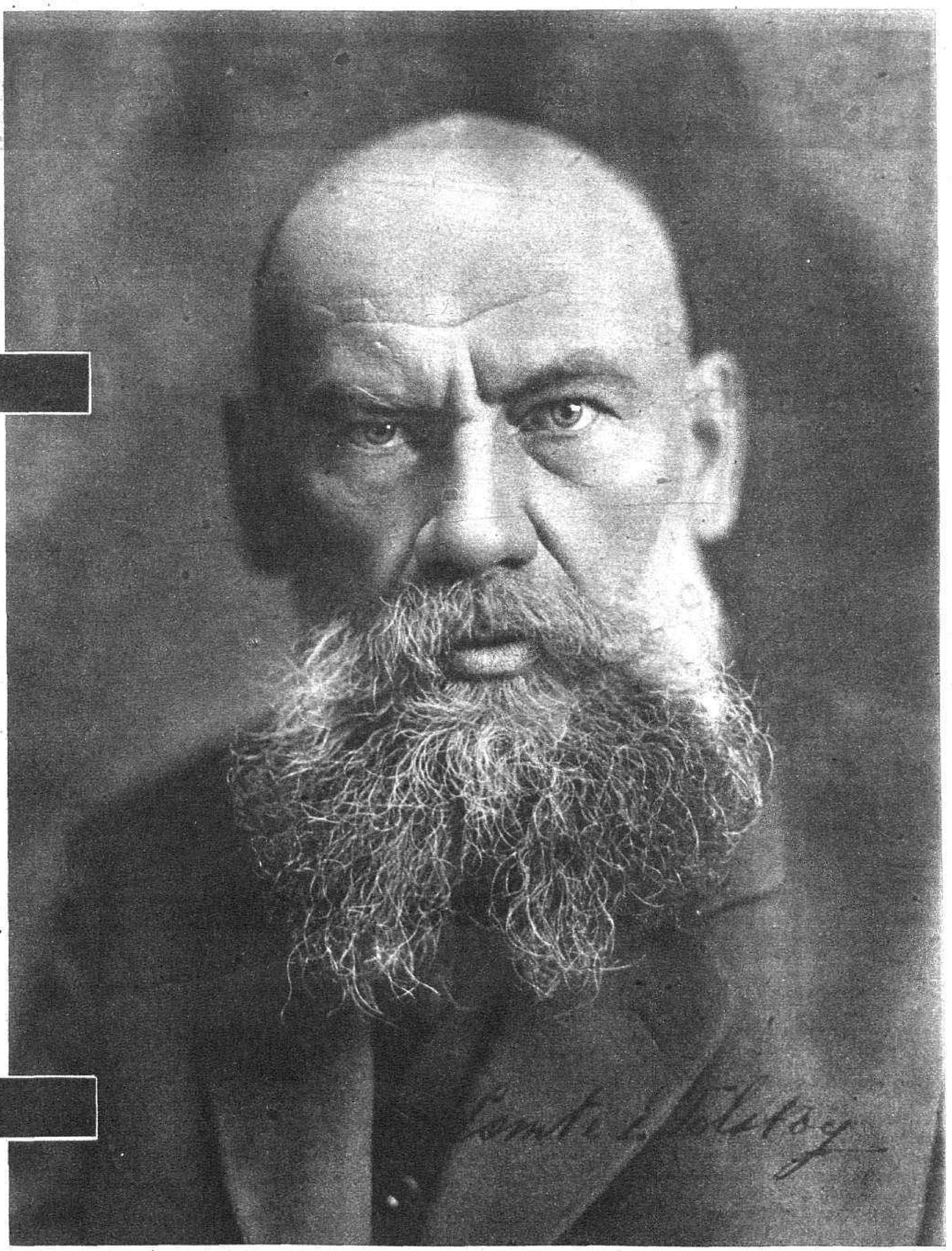
Tuvo Tolstoi videncias de profeta. En 1857, después de una época de grandes viajes, escribió: «La Revolución en Europa habrán de hacerla el *mujik* ruso o el campesino español».

Todas las conquistas ideológicas de la Rusia futura

En el XX Aniversario de la Revolución rusa

Los precursores:

TOLSTOI



alientan, aunque contenidas por una especie de resignación mística, en la ingente obra literaria del conde León Tolstoi.

Ya en 1860, es decir, en pleno régimen zarista feudal, cuando aun en Rusia no se había abolido la esclavitud, León Tolstoi, noble, militar, terrateniente, abomina de aquel régimen social, rechaza el señorío del hombre sobre el hombre; el poder político y eclesiástico, los Tribunales, la guerra y la propiedad.

Predica con el ejemplo: renuncia a su jerarquía en la sociedad; funda en Yasnaia Poliana una escuela esencialmente libre y gratuita para los campesinos; les escribe un periódico; se viste de lienzo ordinario y labra la tierra; se mezcla con los *mujiks* más pobres y participa de su vida difícil. Ya rueda por el mundo, como un trueno de gloria, su fama de novelista insigne, y Tolstoi renuncia a la propiedad de sus obras para que puedan divulgarse, poniendo en práctica su teoría de que el Arte y la Ciencia son inútiles si no tienen como misión redimir a los humildes.

Desde los treinta años a los ochenta y dos, en que muere, toda la vida de Tolstoi está influída por una espiritualidad místicamente humana, que le lleva a frecuentar el trato de las gentes pobres, de los labriegos, de los sectarios de hondo sentimiento religioso; hasta el punto de que para conocer y socorrer por sí mismo la miseria del bajo pueblo ciudadano, aprovechó la ocasión de estarse entonces confeccionando un Censo en Moscú, y logró que le nombraran agente del mismo, eligiendo para el desempeño de sus funciones el barrio más mísero de la urbe. Su libro *¿Qué debemos hacer?* contiene la fiel descripción de los horribles cuadros de miseria y dolor de que fué testigo al practicar las escenas de empadronamiento.

Con Tolstoi se asoma en toda su intensidad a la literatura rusa, por primera vez, todo ese dolor, esa sorda rebeldía, esa miseria obrera y campesina que habían de ser los gérmenes materiales de la gran Revolución y que habían de matizar toda la literatura rusa posterior, motor poderoso de la gran Revolución.

Cierto que Tolstoi, con su cristianismo primitivo, con su teoría de la «no resistencia al mal», hubiera sido una rémora para los obreros y campesinos de los primeros Soviets de Lenin y para los heroicos y rebeldes marinos de Cronstadt.

Pero Tolstoi era la semilla. El, el autor de esa *Ilíada* moderna que se llama *La guerra y la Paz*, rechazaba la violencia. Pero, pese a su panteísmo resignado, era en el fondo un rebelde. En la Rusia feudal y zarista, sus palabras tenían, pese a su externa dulzura, un amargor de protesta y rebeldía. Todas sus obras, en las que fustigó a la nobleza, a los grandes terratenientes, a los militares, a los sacerdotes, están impregnadas de un ansia desgarradora, de la gran nobleza moral de un alma dolorida por el espectáculo de las fatalidades y las iniquidades que manaban de una organización social injusta y despótica.

Lenín y su pueblo heroico y rebelde hicieron la Revolución. Pero Tolstoi y sus obras abrieron el camino de ella. Porque el verbo es lo primero, y la palabra antecede a la acción en todo progreso humano. Y por esa virtud señera e inmortal—predominio del espíritu sobre la materia—, el conde León Tolstoi es un precursor—un gigantesco precursor—del hecho gigantesco que hoy conmemora el mundo no sujeto al despotismo.

J. F.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demas enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

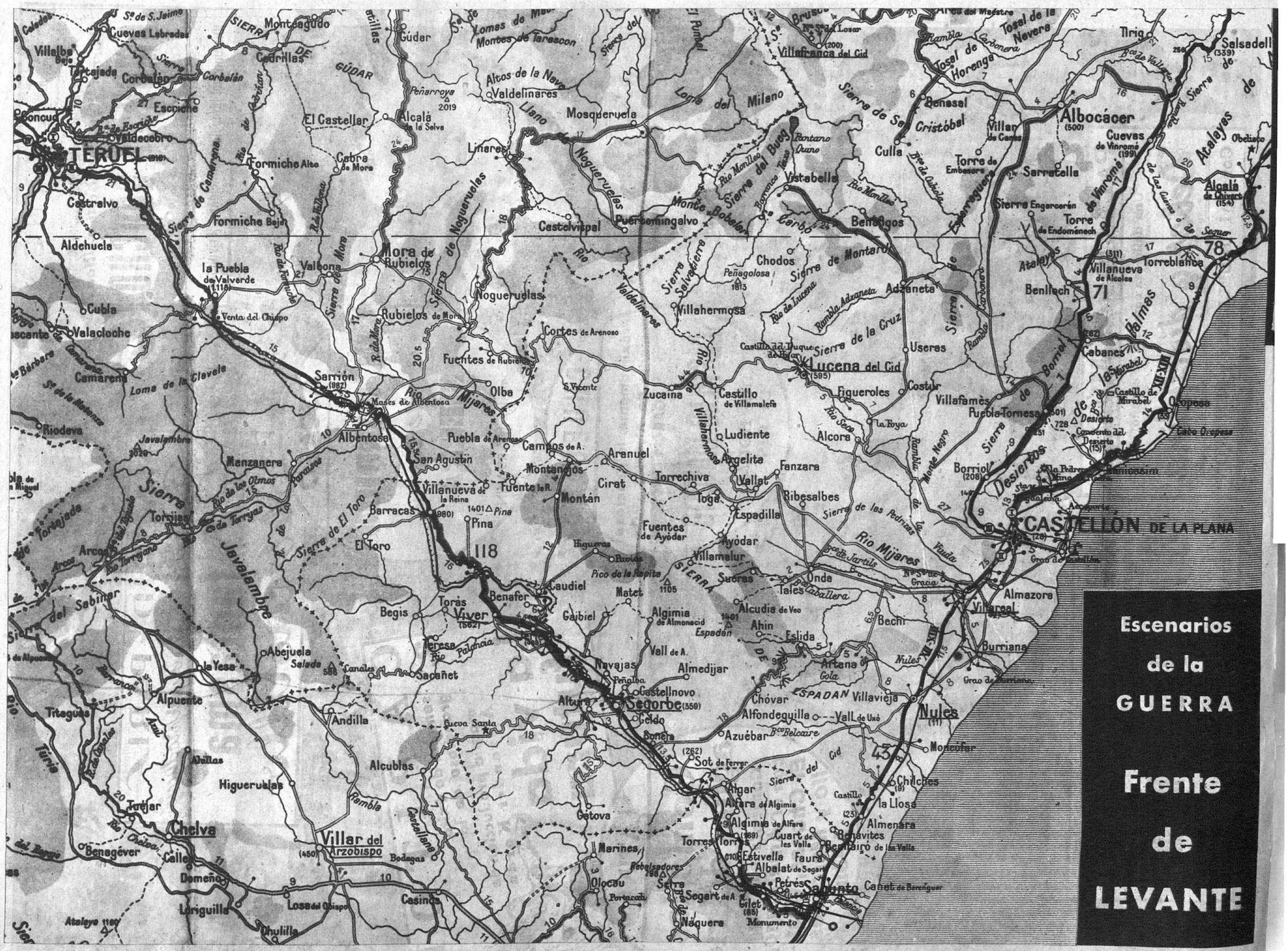
Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: ***dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad***, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; ***suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;*** no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA. Madrid, F. **Gayoso**, Arenal, 2. Barcelona, **Segalá** Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

Espectáculos
SALAMANCA
Exito grandioso de la genial creación de
Warner Baxter con Ketti Gallian
AMOR DE GAUCHO
con el famoso tango de la «Cobra»
(PANTALLA GIGANTE)
¡Dinamismo! ¡Emoción! ¡Canciones! ¡Frivolidad!
MADRID-PARIS
Gran éxito de la superproducción
El fantasma del castillo
ASCASO
EL BANDIDO de la SIERRA
Comedia de ARDAVIN
CAPITOL
2.ª semana de éxito grandioso de la
magna producción de Alexander Korda
La vida futura
CHUECA
Próximamente, la graciosa comedia de ANGEL RAMOS GARCÍA
CASTILLO MALDITO
DOS HORAS DE RISA
LATINA
Como las aguas del río
Comedia andaluza con el Americano, El Chozas, Castillo y Mercedes León
PALACIO de la MÚSICA
Una deliciosa comedia en español
Deber y disciplina
Con RALPH BELLAMY y BEN LYON
AVENIDA
EXITO del gran film
El rey de los condenados
Una maravillosa película de luchas trágicas que jamás se olvidará
con Conrad Veidt



Escenarios de la GUERRA

Frente de LEVANTE